



ARTES, LETRAS, CIENCIAS.

DIRECTORA-PROPIETARIA: PATROCINIO DE BIEDMA.

PUNTOS DE SUSCRICION.

AÑO II.

Sr. Administrador del CADIZ, Tipografía LA MERCANTIL, calle del Sacramento, núm. 39.
Madrid, en las principales librerías.
Correspondencia literaria: Patrocinio de Biedma Herrador, 8.

No se devuelven los originales que no se utilicen.

20 de Febrero 1878.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Cadiz, un mes, adelantado 2 ptas.
En toda España y Portugal, trimestre, 7
pesetas; seis meses, 13 id., un año, id. 25 *
En Cuba, Pto. Rico, extranjero y repúblicas
americanas, semestre anticipado, en oro. 20 *

NÚM. 29.

Núms. sueltos 4 rs.—Se publica los días 10, 20 y 30.

SUMARIO.

GRABADOS: Un castillo feudal.—El lago de Veldés.
TEXTO: Crónica mensual, por A. BORREGO.—Cartas de la Exposición de París, por D. J. EMILIO DE SANTOS.
—Poesías: Paisaje, por VENTURA RUIZ AGUILERA.—Sed de infinito, por A. HARMSEN.—Saludo fraternal, por MANUEL EULATE.—En la muerte de Pío IX, por el Dr. LOPEZ DE LA VEGA.—A *** (imitación), por MANUEL RENTERO.—Explicación de los grabados.—Lo que no puede decirse, tercer acto primitivo (conclusion), por D. J. ECHEGARAY.—Errores, por ALEJANDRO SAWA.—Literatura extranjera: Sua Santidad Papa Pío IX, G. de I.—La roca de Tregunc (conclusion), por G. de I.—Correspondencia del CADIZ, por P. de B.—Noticias.—Solución al Problema de Ajedrez núm. 9.



PIO IX HA MUERTO.

El CADIZ, periódico católico, se asocia al dolor universal que ha producido la pérdida del Grande, del Santo, del Inmortal Pontífice, gloria de la Iglesia y de su siglo. Sus excelsas virtudes, su sabiduría, su edad respetable, que había roto una tradición popular, confirmada hasta su reinado, de no ocupar ningún Papa la Silla de San Pedro tanto tiempo como la ocupó este Santo; las dificultades de que la Santa Sede se ha visto rodeada en estos años, y la fortaleza, el valor con que ha sabido combatirlas en defensa de la religión de Cristo, le hacían adorable para su grey y respetable para sus enemigos. ¡Que el Espíritu Santo derrame sus dones sobre los Cardenales reunidos en Cónclave, y den a la cristiandad, hoy huérfana, un nuevo Padre que continúe la obra sublime de Pío IX, al cual Dios habrá recibido en sus brazos, como en nuestros votos lo imploramos!...

D. E. P. A.

CRÓNICA MENSUAL.

DELICADA y embarazosa es la tarea impuesta al cronista mensual del CADIZ, si ha de compendiar en el limitado espacio de que dispone, sucesos de la trascendental importancia de los que desde mi última reseña han venido a absorber la atención

del público. Cada uno de ellos abre campo a consideraciones que afectan los intereses y el porvenir de la civilización. El inesperado fallecimiento de Victorio Manuel; la caída del imperio otomano, la muerte de Pío IX, constituyen memorables etapas del colosal trabajo de renovación porque está pasando nuestro Continente.

Las graves consecuencias que envuelve el segundo de los acontecimientos de que acabo de hacer mérito, la derrota y dispersión de los ejércitos turcos, hecho que por su absorbente trascendencia supera a las ansiedades inspiradas por la desaparición del fundador de la unidad italiana, como sin duda exceden a la profunda pena con que todo el mundo católico recibe la triste nueva de la vacante del solio pontifical, aquellas consecuencias, sin por ello disminuir de su gravedad, no podrán sorprender a los lectores de esta revista que no hayan olvidado las apreciaciones y los pronósticos que no he cesado de consignar desde el principio de la guerra.

Afirmé que el valor con que de parte de los turcos se abrió la campaña, los triunfos que sus armas alcanzaron no podían compensar la desigualdad de los elementos que entraban en lucha; señalé la absoluta impotencia en que se encontraría Turquía abandonada por las potencias signatarias del tratado de París de 1856, que garantizaba su independencia, impotencia centuplicada por la inevitable insurrección de los súbditos cristianos de la Puerta, levantados y auxiliados por el ejército invasor. La Rusia ha sabido escoger el momento favorable para hacer marchar contra el Sultán a sus propios súbditos tributarios los rumanos, los serbios, los montenegrinos, a los que anunció acabarían por reunirse los griegos, como en efecto ha sucedido.

La crisis oriental se veía venir encima a pasos de gigante, a juicio de cuantos hombres han sabido apreciar que entre haber la última conferencia reunida en Constantinopla, impuesto a Turquía condiciones que hubiesen evitado la guerra, o dejarla perecer viniendo al suelo el último dique que contenía la desenfrenada ambición de la raza eslava, no había término medio y causa maravilla en verdad, que si el gabinete de Viena no tenía descontados en su beneficio los resultados de la derrota de los turcos, tardase tanto en darse por entendido de lo que tanto debía preocuparlo; así como es apenas concebible que la previsora Inglaterra, para la que en la guerra de Oriente había intereses que defender en el Mar Negro, en el Mediterráneo, en Asia como en Europa, haya tenido la *bonhomie* de fiarse en las palabras de moderación empeñadas por el gabinete de San Petersburgo al abrirse la campaña y haya esperado a ver a los rusos a las puertas de Constantinopla, para acudir al Parlamento y significarle el *caveat* consules de los antiguos romanos.

Después de los pronósticos que llevo hechos y que el tiempo se ha encargado de realizar, temería desacreditarme llevando mis anticipadas conjeturas a

eventualidades tan azarosas y preñadas de peripecias como las que no podrán menos de sobrevenir, si la suerte de los territorios y el destino de las razas que formaban el imperio otomano se deciden al tenor de las estipulaciones impuestas al vencido por la espada del vencedor, en vez de ser reguladas según los acuerdos de las potencias signatarias del tratado de París.

Si lo primero llegase a realizarse, la Rusia vería consumados en nuestros días las cláusulas del testamento atribuido a Pedro el Grande, y la memoria de Nicolás I se vería vengada de las humillaciones de Crimea y de Sebastopol. Nada significaría para atenuar tales resultados que los rusos no queden dueños de Constantinopla. La emancipación y la autonomía de las razas cristianas de Turquía, debidas no ya a la intervención colectiva de Europa, sino a las victorias de los rusos, aseguraría al Czar los corazones, las simpatías, las fuerzas vivas de todos los cristianos de Oriente y le daría 11 millones de nuevos súbditos en el orden moral, cualquiera que sea la organización que a gusto de la Rusia prevalezca en lo que fué el imperio otomano. Tan evidente debe esto aparecer, cuanto que de hecho ha desaparecido de la Bosnia, de la Bulgaria y demás provincias de la Turquía de Europa, la escasa población musulmana que había en ellas. Las familias en masa han huido ante los vencedores, no menos que ante el temor del mal trato que les esperaba de parte de los *giagurs*, de los oprimidos durante tres largos siglos. Los emigrados y fugitivos turcos han perdido toda su propiedad inmueble que no han podido llevar consigo, y en cuanto a la territorial é inmueble ¿qué musulmán creará verse amparado en sus derechos por la justicia de sus expoliadores?

Si como es verosímil, Constantinopla no pasa inmediatamente a otras manos, en su recinto y en el rincón de Rumelia, será donde únicamente podrán vivir los turcos que no emigren desde luego a Asia.

No examino el nuevo horizonte que abriría a las complicaciones de las que se halla indefectiblemente preñada la cuestión de Oriente, la ya anunciada y no inverosímil forzada alianza é impuesta dependencia de una Turquía nominal, colocada bajo el protectorado de la Rusia.

Semejante contingencia crearía para la Inglaterra como para Europa un peligro y una amenaza de no menor trascendencia que la que resultaría del desmembramiento total del imperio turco como consecuencia de la paz impuesta por las armas vencedoras de la Rusia.

No llevaré más adelante mis observaciones sobre el nebuloso porvenir de la crisis oriental, porque lo mucho que tendría que añadir para completar la demostración de las verosímiles consecuencias de los sucesos que se están desarrollando, tendrían que adquirir las proporciones de una extensa memoria, trabajo que excedería los estrechos límites en que debo encerrarme.

No puede dilatarse mucho el que nos sea conocida la verdadera situación de las grandes potencias en pre-

sencia de la provocadora actitud del gabinete de San Petersburgo. Si cual es muy de sospechar, la actitud tomada por éste obedece á las seguridades que tenga de poder contar con la connivencia y el apoyo de Alemania, no sería aventurado afirmar que de las conferencias del Congreso europeo, cuya reunion parece convenido en principio, salga la guerra general ó el sometimiento de Austria, de Inglaterra y de Francia á la nueva distribucion del poder y del equilibrio europeo que tengan concertados entre sí Rusia y Alemania. Mas aún cuando viniese á parar en esto último lo que de sí pueda dar el Congreso, indefectiblemente surgirá otra complicacion que vengo anunciando desde que en 1866 escribía desde Londres al *Diario de Barcelona*, que la preponderancia que Inglaterra dejaba tomar á Rusia en el Asia Central, no podría menos de colocar una enfrente de otra á las dos grandes potencias rivales.

Viniendo ahora á ocuparme de lo que está más cerca de nosotros, digamos algo sobre el tristísimo suceso que acaba de privar á la Iglesia Universal de su venerada cabeza. Pío IX ha fallecido llevando al sepulcro el amor de los fieles y la admiracion de cuantos son capaces de apreciar las dotes de un gran carácter. Sin tener la andaz pretension de juzgar al difunto Papa como Pontífice, como Jefe espiritual del mundo católico, cabe, sin desacato á su venerada memoria, consignar que el finado Papa tuvo la firmeza de sacrificar en aras de un principio, el poder temporal de la Iglesia, que estuvo en manos de Pío IX haber sacado si no del todo ileso, reconstituido al menos en muy favorables condiciones despues de la paz de Villafranca.

Separadas del dominio eclesiástico la Rumanía y las Legaciones despues de la guerra de 1859, las provincias segregadas ofrecieron con instancia, apoyadas por el gabinete de Paris, reconocer la soberania pontificia y pagar un tributo á la Santa Sede, á condicion de que ésta les otorgase su autonomía administrativa. No sólo la Francia garantizaba este arreglo, sino que se mostraron dispuestos á sancionarlo y hacerlo cumplir los gobiernos de las demás naciones católicas. De haber accedido á semejante honrosa transaccion la corte de Roma, un tratado internacional habria amparado el mantenimiento del poder temporal colocado bajo la garantía de un pacto europeo. Pero la corte del Vaticano desconoció cual era en el terreno político su verdadera situación en la del mundo y hasta creyó poder pasarse sin la proteccion de la Francia, cual vino á atestiguarlo la semi-enviada legitimista que se organizó en Roma, y la llamada del general Lamoriciere, cuyo ejército debía reemplazar la ocupacion francesa de los Estados de la Iglesia.

El *fiat* dado por Napoleon á Cialdini y al ejército piamontés para que invadiese las Marcas y la Umbria y sellase en Castellfidardo el segundo desmembramiento del territorio eclesiástico, fué la respuesta dada por Napoleon á las provocaciones del Vaticano.

Desde aquella segunda etapa del desmoronamiento del poder temporal, quedó éste reducido al exíguo territorio del Agro Romano y de las dos pequeñas provincias de Viterbo y de Civitavecchia. La caída del segundo imperio francés hizo desaparecer el último sosten que quedaba del poder temporal, y la entrada de los italianos en Roma consumó la catástrofe de que no se han consolado los que todavía creen que la soberania temporal es una garantía indispensable al ejercicio de la autoridad pontificia.

No trataré hoy esta gravísima cuestion, susceptible de ser examinada bajo el doble punto de vista de la inmunidad eclesiástica y de los incontestables derechos de Italia á su unidad y á su independencia. Si algun día me resuelvo á tratar este grave asunto en el CÁDIZ, creo poder hacerlo sin sacrificar ni los fueros de la autoridad pontificia, ni los reconocidos principios del derecho público moderno.

Poco espacio me queda para hablar de nuestros asuntos interiores. Las Cortes van á reunirse y en ellas es de suponer expondrá el Gobierno el programa de su política, la cual puede sin renunciar á su principio de prudente conciliacion, dar á las instituciones la amplitud que á la vez reclama el estado de la opinion y el interés bien entendido de la monarquía.

El hecho más señalado que habrá de afectar la campaña parlamentaria próxima á abrirse, lo es sin duda el apartamiento del Sr. Posada Herrera de la presidencia del Congreso. ¿Significa la actitud reservada en que se ha colocado el ex-presidente de la Cámara, un llamamiento á las oposiciones, para que unidas ó al menos coligadas, presenten un programa en frente del gabinete, ó sólo será señal la actitud del Sr. Posada Herrera de que se halla dispuesto á esperar los sucesos sin tomar una actitud más significativa?

La legislación que va á abrirse nos dará luces claras sobre la indicada alternativa, y en el entretanto, el Gobierno como las oposiciones tienen interés en consultar el verdadero estado de la opinion pública, la cual aunque aparentemente adormecida, revela síntomas de desconfianza y de disgusto que bien merecen ser estudiados, tanto por los que tienen sobre sí la responsabilidad de lo presente, como por los que se creen intérpretes de las necesidades del porvenir.

No me queda espacio para ocuparme de un asunto que como estudio de enseñanza constitucional, es muy digno de ser examinado. Me refiero á la extraña evo-

lucion del partido liberal inglés, anteponiendo sus aspiraciones al poder á las consideraciones de interés público que lo han conducido á querer privar al gabinete Disraeli de la fuerza moral que la unanimidad de la opinion pública debía prestarle con motivo de las complicaciones de la guerra de Oriente. La conducta seguida por Mr. Gladstone y los liberales, contrasta desventajosamente con la que siguieron los americanos del Norte con ocasion de la guerra separatista. La democracia americana supo sacrificar á la conservacion del poderio nacional y al mantenimiento de la union, todos los móviles de partido y hasta las tradiciones legales que podian oponer obstáculos á que la república saliese triunfante del sangriento duelo que costó á la nacion la vida de 300.000 ciudadanos y seis mil millones de duros de su riqueza. Consolador es sin embargo para los grandes principios de interés público, que el patriotismo y el buen sentido de la gran masa del pueblo inglés se muestre dispuesta á seguir á los conservadores, apartándose desdeñosa de las excentricas debilidades del partido liberal.

A. B.

Madrid 10 de Febrero de 1878.

CARTAS DE LA EXPOSICION.

SEÑORA DOÑA PATROCINIO DE BIEDMA.

MUY Señora mia: Cesó con esta carta de molestiar á Vd. y á los lectores del CÁDIZ pero lo ofrecido es deuda, aunque deudas como la presente, más valiera no pagarlas. No las abona más que la buena intencion.

De algun tiempo acá, han dado los economistas en llamar industrias extractivas á aquellas que están á disposicion del talento y del trabajo humano, porque se producen por sí solas y la naturaleza las ofrece con más ó menos prodigalidad, para aprovechamiento de los humanos. ¿Tiene Cádiz alguna riqueza en la industria de este género? Seguramente sí, y muy grande; que si de ello se ocupara la poblacion de ese país, tendria Cádiz mucha más riqueza y mucho más lustre que el que hoy tiene en materias de esta clase.

Empecemos por los minerales, y entre los minerales por el agua. La provincia de Cádiz tiene la llave de la puerta por donde el Océano, visita al Mediterráneo, y claro es que desde el Polo al mar Negro, no hay una provincia en España que pueda mejor utilizar las pesquerías como no sea la de Canarias, y no porque en sus aguas entra el *Gulf-stream*. Dada la pesca en ellas, Dios le ha dado á Cádiz los más grandes medios de conservarla, porque tiene las sales, los aceites, los vinagres y las lariadas para los humos. De esas sales de San Fernando ¿qué he de decir yo á Vd. si sabe que son la admiracion del mundo entero? Con sólo ver las banderas de los buques que van á buscarlas, se comprende el aprecio en que las naciones extranjeras las tienen. Y, sin embargo, Cádiz aprovecha en muy poco lo que Dios le ha dado con tanta profusion. Las almadrabas y las pesquerías de esa provincia, no son lo que deben ser, pero á Cádiz le sucede lo que á casi todos los seres, que van á buscar los trabajos y los peligros de fuera, cuando tienen la riqueza en casa. Cádiz ha sido siempre afanosa de explotar las Indias, sin ver que tiene las Indias en los mares que la rodean.

Yo no tengo á la vista en este momento los datos daronómicos necesarios, para conocer la importancia de los montes y de las industrias anejas. Recuerdo, si, que alguna vez cuando cazaba entre los odoríferos jarales de sus sierras, pisando tomillos y agedreás, mastrazos y poleos, romeros y cantuesos, veía en la vegetacion espontánea, maderas de tabazon, ligazon y construccion, y plantas textiles, medicinales y tintóreas; corchos, cortezas, espartos, albardines, aloes y nogales en los arroyos entrelazándose con las adelfas, las mimbreras más gigantescas que he tenido ocasion de ver, y subiendo las colinas, veíase á las madroñeras mezclarse con las carrascas, con los lentiscos y con toda esa multitud de arbustos leñosos, que pueblan esa provincia encantadora. Movido entonces por mis sentimientos, porque sentimientos sólo tenía en aquella época, comprendía burdamente, que de aquellos espartos, se podian hacer telas: de aquellas mimbreras, preciosa y rica cestería: de aquellos pinos, resina, breas y colofonias: de aquellos alcornoques, tapones para satisfacer las necesidades de la industria vinícola: de aquellas encinas, de aquellos robles y de aquellos pinos, duelas y maderas labradas para la construccion de buques, aperos de labranza y maderamen de edificios: de aquellas cortezas, material para tejer, para curtir y para teñir, y de aquella inmensidad de leña, carbones y potasas, y otra clase de derivaciones, para lo que se llama sub-industrias de los montes, como lo son, las industrias apícolas y las de cazas, y la aplicacion de los líquenes, de los pastos, y la peletería, y de los despojos de la preciosa fauna que allí he tenido ocasion de perseguir.

Poco se me alcanza, del estado en que ahí se halla la ciencia química, con relacion á las personas, y con relacion á los materiales que deben blanquearse, teñirse y aderezarse con estos productos: pero se me

ocurre que algo y bueno debiera haber ahí, cuando habiendo existido colegio médico, los farmacéuticos ilustrados que ahí ha habido, han debido dejar rastros de su ciencia, para las diversas aplicaciones de la vida. Ha de saber Vd., Señora, y no tengo inconveniente alguno en decirlo, que tengo pocos datos de la provincia de Cádiz; que la he estudiado poco, y por consecuencia, que me es casi desconocida y lo pruebo, que no sé á estas horas, cual sea el estado de su maquinaria, y cual el de su material de navegacion; pero ocurreseme que esa es una de las provincias que más debieran estar en esto adelantadas, porque una de sus mejores fincas de ilustracion, es el arsenal de marina que tiene en la Carraca. ¿Para qué se han creado las Escuelas Normales en las provincias? Para construir digámoslo así, maestros que enseñen á la juventud. ¿Qué otra cosa que una escuela normal es un arsenal? Cuántos y cuántas no son las ciencias, las artes y los oficios que se practican en los arsenales? ¿No hay algun rastro que enviar aquí, de tanto y tanto trabajo como ahí se ha hecho desde que se creó el arsenal? Una pieza hecha en el siglo pasado para que figurase aquí en el arte antiguo, y una pieza análoga hecha en la última década de este siglo, demostrarían por comparacion los adelantos que la fabricacion hubiera hecho. Desde las altas especulaciones de la ciencia que practica el observador astronómico hasta la tosca palanca con que el peon dá fuerza y movimiento, ¿no hay siquiera una sola muestra que enviar aquí? Sé que el Gobierno ha dispuesto que el arsenal esté oficialmente representado, pero no es eso, Señora mia, lo que necesitamos. La industria particular ¿ha adelantado ahí bastante á la sombra del arsenal?

Pondré un ejemplo: Los cerrajeros de ahí, ¿son mejores que los de Málaga, Sevilla ó Córdoba donde no hay arsenal? Esta es la cuestion.

Vamos á las materias alimenticias: veamos qué es lo que come y bebe la provincia de Cádiz, y si tiene dentro de sí los medios de transformar la alimentacion natural, por medio del arteificio, y si sabe conservar lo que produce. Este es el problema. ¿Qué es la alimentacion? Una serie de productos naturales y artificiales del ramo vegetal, del ramo animal y del ramo mineral, destinados por medio de combinacion á la nutricion del hombre y de los animales.

Veamos los vegetales. Desde luego la provincia de Cádiz posee una coleccion magnífica de cereales, legumbres y semillas, y al decir magnífica, no hay en ello la menor equivocacion, porque he tenido ocasion de contemplar ejemplares de primer orden.

Bueno fuera que Cádiz los exhibiera, pero que lo hiciera de modo útil y provechoso. Voy á poner un ejemplo. No basta que Cádiz presente buenos trigos: es menester que presente las harinas y los desperdicios de ellas, para que se vea que sabemos moler: es menester que se envíe algun ejemplar de la panificacion, única manera de poder juzgar las harinas y los trigos, pues es sabido que ya pertenece á la historia, eso de creer que el trigo vale por lo que pesa: lo que vale el trigo es por la cantidad de agua que absorbe. Vienen luego las sémolas y pastas para sopas, que por cierto las hay esquisitas en esa provincia, y las féculas y los glútenes, y los almidones, y los trabajos de pastelería conservable, y especialmente las galletas. Es de creer que Cádiz, provincia especialmente marítima, produzca galletería apreciable.

Los cuerpos grasos y alimenticios, los tiene Cádiz de gran valía. Sabido es, que las grasas animales tienen sus partidarios, así como las vegetales. A mi entender, es cuestion de climas, porque es claro que en los países frios donde las mantecas pueden conservarse, las estiman en más que los aceites; pero yo he estado en América y he podido apreciar la importancia que tienen los aceites gaditanos, sobre las mantecas de todo el mundo; porque por más que se haga, se ponen rancias con la graduacion del calor de aquellos climas, y ya que de aceites hablo, sé que en esa provincia inventó el Sr. Villaverde, coronel de artillería, no hace mucho tiempo, una máquina para afinar esta materia oleaginosa que á mi entender es de mucho mérito. Ahora advierto que estoy hablando de aceite y de manteca á una dama, y me dá vergüenza haberme metido en este mal paso, por lo cual dejo de hablar de los quesos y de otras materias de que iba á ocuparme.

Antes de ahora, hablé de pesquerías; pero no me ocupé de los pescados en conserva, que pueden enviarse aquí, de las almadrabas, sin olvidar las anchoas y esos riquísimos mariscos que tienen reputacion en el orbe, y cuyas glorias han llegado hasta á cantarse, si es que gloria tienen los mariscos.

¿Y qué le he de decir á Vd., señora mia, de las bebidas fermentadas que produce una provincia en cuya área se hallan enclavados los territorios de Jerez, el Puerto, Sanlúcar, Rota y Chiclana? Me ha parecido siempre que ha habido error geográfico, al situar las viñas de Noé en la Mesopotamia. Yo he creído siempre, que Noé, era jerezano: no lo sostengo, pero me lo parece. Y así debiera ser. Poco conocedor de la division provincial y municipal de los límites de esa provincia, no afirmaré que el famoso coto de Oñana, que es la finca más grande que tiene la Península española, pertenece por completo á la provincia de Cádiz, en cuyo caso, vuelvo á repetir aquello de que

nobleza obliga. La primera finca agrícola de España, que según mis noticias y en esto no me equivoco, está enclavada en el término de las provincias de Huelva, Cádiz y Sevilla, ¿no es ocasión de que de ahí se envíe siquiera un ejemplar de algo que con la agricultura se relacione? Y cuando vá á celebrarse á la orilla izquierda del Sena una Exposición notabilísima de ganadería ¿faltará aquí un caballo cartujo, un toro de la marisma, un macho cabrio de la sierra, un onagro del campo de Gibraltar, una recoba de aves de corral y una colección de insectos útiles y dañinos á la agricultura? En verdad, señora mía, que me dolería mucho no ver algo de esto por acá.

Léjos está Cádiz de París para enviar productos de la horticultura, si bien hay plantas tropicales y africanas que esos terrenos dan pródigamente, como la caña de azúcar, la palmera, el plátano, el nopal, el aloe y otras cien y cien que aquí pudieran enviarse. Otras provincias lo hacen, y es lástima que Cádiz no lo verifique. El gran vestíbulo de la Exposición, cuya magnificencia es imponderable, encerrará esa clase de plantas. Triste me será no ver junto á los de Málaga y Valencia, alguna que me recuerde la provincia en que nací.

La carta es larga: he abusado de la paciencia de los lectores de CÁDIZ y de la bondad de Vd. A pesar de esto, no me despidó. Tal vez tome la pluma otro día, para hablar en concreto de algo de lo que vea y estudie en este certamen que pueda interesar á la provincia de Cádiz, tan querida para mí y donde tan buenos amigos cuento. Si algo especial pudiera interesarla y me fuera dable el complacerla, ya con motivo del cargo que ejerzo, ya con los escasos recursos de mi humilde inteligencia y de mi trabajo, venga una orden de Vd. que cumplida será, porque en ello honra y satisfacción tiene su atento amigo q. b. s. p.,

J. EMILIO DE SANTOS.

París 7 de Febrero de 1878.

PAISAJE.

Como el ave canora pluma á pluma
Prepara en árbol ó peñón hendido
Á la familia venidera un nido
Con tierno amor y diligencia suma,
De pedernal, adobes y pizarra
Fué elevando su choza campesina,
Cuya puerta entoldó fecunda parra,
El anciano que hoy llora su ruina
Era un balcon la choza en la colina,
Desde el cual sus humildes moradores
Tranquitos contemplaban
Arroyuelos que al Sol serpenteaban
Por el valle entre juncia y entre flores,
Y al léjos, como límite del mundo,
de las montañas el azul profundo.

Porque el dolor del dueño se comprenda
Considerar la pérdida es preciso;
Si el valle un paraíso,
Era un Cielo la rústica vivienda,
Única habitación de aquel paisaje,
Que, del cimiento donde fué sentada
Al techo de cañizo y de ramaje,
Con el sudor del rostro fué comprada;
Sin que el ageno bien, que á muchos pesa,
Envidiase el anciano un sólo día,
Que allí, gracias al Cielo, siempre había
Gozo en el corazón, pan en la mesa.

¿De lo alto, despeñándose rujiente,
El pobre asilo derribó á su paso
Desvastador torrente?
¿El vendaval, acaso,
Ronco, feroz, sañudo,
En la tormenta desplomarlo pudo?
¿Al abrasar cañizo y secas ramas
Lo envolvería el rayo en rojas llamas?...
Jamás los elementos,
Jamás inundación, rayos ni vientos
Lograron con la choza dar en tierra;
Pero en claras señales
¡Ay! aquellos escombros funerales
Decían:

—¡Por aquí pasó la guerra!

VENTURA RUIZ AGUILERA.
Madrid, Mayo de 1877.

SED DE INFINITO.

Cuando miro en la noche callada
Brillar las estrellas,
Que en su espléndido manto se esparcen
Cual sargas de perlas;

Olvidando del día que ha muerto
Los rudos afanes,
La inquietud que la mente devora
Con lucha incesante,

Yo no sé qué tristeza sin nombre
Despierta en el alma,
Ni qué voz misteriosa me dice
Que allí está mi patria.

Y recuerdo fugaces ensueños
Sin ser y sin forma,
Que en mi espíritu estelas dejaban
De luz y de aromas.

Yo recuerdo que aéreas visiones
Flotaban en torno,
Y el batir de sus alas rozando
Sentía en mi rostro;

Y una vaga, inefable armonía
De notas extrañas,
Celestial y divina, en la tierra
Jamás escuchada.

Y el murmullo de mágicas frases,
Que no hay idioma
De riqueza bastante en que vibre
Su música ignota.

Yo expresarla intenté, mas en vano;
¡Jamás lo alcanzarán
Nuestras doce raquíticas notas
Dó el arte se enclava!

Yo recuerdo soñados pensiles
De flores eternas,
Y encantados palacios aéreos
De nácar y perlas.

Y aquel ser de ideal hermosura
Dulcísimo y puro,
Que do quiera busqué sin hallarle
Jamás en el mundo;

Y ese afán misterioso que el pecho
Sintió palpitando,
Por un algo sublime, infinito,
Jamás alcanzado.

Tanto sueño de amor y de gloria
Que al alma embriagaban,
Para hacerla encontrar, despertando,
Tan sólo la nada!

Tanta sed de saber; tanta ardiente
Titánica lucha,
Para hallar en la ciencia escondida
La tétrica duda!

Tanta hermosa ilusión encantada
Que trájome ciego,
Para verla, al llegar, deshacerse
Cual nube en el viento!

La esperanza tenaz de otra vida
Que yo presintiera;
Todo al fin me enseñó que mi patria
No estaba en la tierra.

No está en este mundo! Por eso
Levanto los ojos,
Y á esos astros que esmaltan la noche
Con ansia interrogo.

Cuando rompa su cárcel mi alma
El éter surcando,
¿Hallará en ese Cielo la clave
Del múltiple arcano?

¿Es acaso su anhelo sin nombre
Tal vez un recuerdo?
¿Es del Cielo la ardiente nostalgia?
¿Quién puede saberlo!

¿Cruzaré desplegando sus alas
La fúlgida esfera,
Dó en torrentes de luz esos mundos
Magníficos ruedan?

¿Dirá un ángel allí: «Ven, descansa,
Tu patria es el Cielo?»
¿Saciaré en él mi sed de infinito?
¿Quién puede saberlo!

Sólo sé, que escaldando mis ojos
Los baña mi llanto;
Sólo sé, que al mirar su impotencia
La mente me abraso!

Pero al ver deslumbrante de estrellas
La noche callada,
Algo siento yo aquí, que me dice:
¡Allí está tu patria!

ALEJANDRO HARMSSEN.

Alicante: Diciembre 1877.

SALUDO FRATERNAL

desde la perla de las Antillas, á la ilustre directora
DEL CÁDIZ.

Patrocinio encantadora,
Manantial de perfecciones,
Tierna y amante cantora,
Rendida el alma devora
Tus sublimes concepciones.

En su fondo, qué ternura!
En su forma, qué belleza!
¿Qué esencia de amor tan pura
Cuánta mágica riqueza
Y cuánta excelsa ventura!

¡Oh! quien pudiera enviar,
Á través del régio Atlante,
Su acento, para expresar
Cómo sabes subyugar
Con tu talento gigante.

Y quién lograra decir,
Tu dulce frase imitando,
Que al mirar tu sol lucir,
Cuba te está saludando
Cual astro del porvenir.

Mas, voz á faltarme empieza
Al par que astro, brillo y fama
Para ponderar tu alteza,
Realzada con la grandeza
Del corazón que te inflama.

Tu CÁDIZ lleva reflejos
De tu talento fecundo,
De tu genio sin segundo,
Y cual Sol vierte á lo léjos
Su calor sobre este mundo.

Tu CÁDIZ, vergel florido,
Gloria de su fundadora
Honra á ese pueblo querido,
Pues une en lazo sentido
Á toda lira sonora.

No desmayes dulce hermana,
De las bellas letras gloria,
Que yo en nombre de la *Habana*
Gozosa con tu victoria,
Y de tu valor ufana;

Aunque sin tener blasones,
Que me autoricen á ello,
Pensando en tus perfecciones,
Pido á tu pluma sus dones
Que son de tu alma destello.

Déjate, pues, admirar
Á través del ancho mar
En ese CÁDIZ divino...
Ó te iremos á buscar
Cruzando el mar cristalino.

MANUEL EULATE.

(Brigadier honorario de la Armada.)

Habana: Diciembre 1877.

EN LA MUERTE DEL SUMO PONTÍFICE PIO IX.

ELEGÍA.

Multus ille bonus flebit accidit.

¡Préstame oh Dios! un rayo de tu lumbré
Para llorar contrito
Del que se hallaba en la celeste cumbre
De un solio, del Señor siempre bendito,
La muerte que le dió su pesadumbre.

No del viento que orea el Aventino
Que el alma mortifica,
Vendrá en torrente plácido y divino
La inspiración que al vate dulcifica,
Porque es, al fin, doliente peregrino.

Ni del Circo, recuerdo maldiciente
De la historia pagana,
Vendrán los lauros para ornar la frente,
Porque aún respira el estertor rugiente
De la fiera salvaje y africana.

Vendrá á mi musa conmovida y triste
La inspiracion bastante,
De cuya fé la Iglesia se reviste,
Y á cuyo fuego el alma no resiste
Porque es más fuerte que el altivo Atlante.

Vendrá de Pedro y Pablo la dulzura
Que redimió tranquila
Recibiendo por premio la tortura,
Después de darle al mundo su ventura,
Venciendo el genio del soberbio Atila.

Vendrá de Constantino victorioso
Que recorrió venciendo
El mundo que era esclavo de un coloso,
Que arroja fuerte su pendon glorioso
Y queda absorto sus fulgores viendo.

¡Llorad conmigo, doloridos vates,
La funeraria pena
Del que sufrió del mundo los embates,
Y resistió el furor de sus magnates
El alma puesta en Dios, firme y serena!

¡Llorad conmigo, vírgenes creyentes,
Y dadme vuestras flores
Para adornar con lágrimas fervientes,
La tumba del Apóstol de las gentes
Y brillarán con dulces resplandores!

No sé cantar sino me alumbra pia
La estrella brilladora
Que inspira en el dolor la poesía,
Porque doliente siempre el alma mía
Con mucho más dolor la siento ahora.

Sólo en la Iglesia santa, indivisible,
Manantial de pureza
Que el Credo de Jesus hace invencible,
Y hace arribar con viento bonancible
La nave de su amor y su grandeza.

¡Puedes ¡oh lira! modular tus sonos
Con esplendor cristiano!
¡Vibra creyente y dile á las naciones
Que en medio de sus locas ambiciones
Descuella la verdad del Vaticano!

¡Ven arpa mia, ven, que en tu tristura
Yo filtraré contento;
Pues, libar quiero mares de amargura
Para alcanzar la libertad segura,
Para elevar á Dios mi pensamiento!

Y en la callada noche silenciosa
Sin que me alumbre el día
Yo elevaré mi trova religiosa,
Para que vaya en la tranquila fosa,
Á resonar con triste melodía.

Yo elevaré mi acento doloroso
Creyente, acongojado,
Recordando el Pontífice glorioso,
Que fué en el mundo un astro luminoso
Y no pudo jamás verse eclipsado.

Y con mi llanto cubriré mi lira,
Como cubre el rocío
Las flores del desierto Campo-Santo,
Cuando forma la noche con su manto
Un cuadro oscuro, pálido y sombrío.

¡Ven, arpa mia, ven, y deja ufana
La mundanal escoria;
No te embriagues con la pompa vana,
Porque ensalzando la verdad cristiana
Alcanzarás el lauro de la gloria!

Y al resonar con funerario acento
En mi dolor profundo
Irán tus ecos por el rauda viento,
Á confundirse con el triste acento
De la cristiana grey en todo el mundo.

DR. LOPEZ DE LA VEGA.

Madrid.



Un castillo feudal.

Á o o o

IMITACION.

Tus ojos se clavaron en mi alma
Cuando te vi por la primera vez:
Me sonreíste á las primeras frases
Y á tí con entusiasmo me acerqué.
Te ofrecí un corazón de amor henchido,
Y tú... sin arrogancia, sin desden,
Mezclando una sonrisa y una lágrima,
Contestaste á mi amor: «no puede ser.»
¿Por qué?... Te pregunté desesperado;
Y tú le respondiste á este porqué,
Enseñándome tu alma desgarrada,
Tu pobre corazón ahogado en hiel.
Hoy lucho con mi amor y con mi duelo,
Y es mi pena tan grande, tan cruel,
Que para darle tregua á mi martirio...
Ni siquiera te puedo aborrecer.

MANUEL RENTERO.

EXPLICACION DE LOS GRABADOS.

UN CASTILLO FEUDAL.

La historia de los pueblos está escrita más que en sus libros en sus ruinas, en sus antiguos edificios, restos gigantes de la vida que pasó y recuerdo de sus costumbres.

Un castillo feudal apenas se conoce hoy, pues sus dueños, amoldándose al espíritu liberal que va disolviendo las agrupadas riquezas, y va haciendo un ciudadano de cada hombre, borrando, bajo una línea de igualdad legal, las irritantes denominaciones de siervos y señores, convierten sus dominios en agradables haciendas, donde el trabajo y la industria tienen la merecida recompensa, y el obrero y el industrial el respeto y la consideración debida.

El que hoy ofrecemos á nuestros lectores, situado en las márgenes del Ebro, y propiedad de un rico zaragozano, aunque en su estructura recuerda la dominación feudal, sus alrededores prueban, embellecidos por el arte moderno, que el gigante antiguo dejó caer rota en pedazos su corona de hierro, para ostentar la que forma con sus flores la civilización actual.

EL LAGO DE VELDÉS.

El Austria es verdaderamente notable por lo pintoresco y accidentado de su territorio. La Istria, la Laintia, el Tirol y la Dalmacia, tienen paisajes realmente maravillosos.

Hay sobre todo un punto en Carmiola donde la naturaleza parece haber reunido todo lo que posee de más precioso. El lago de Veldés no puede ser descrito. Es una joya, una esmeralda líquida que ha formado el Creador para espejo del Sol.

A algunos kilómetros cerca de Kreinburg hay una selva de abetos; desde las crestas de una sierra primitiva, rueda un torrente, y más lejos, en el fondo de unas colinas, el sorprendente panorama del lago de Veldés. A su alrededor colinas cubiertas de verdura, que agrupadas pintorescamente van á perderse en el

horizonte, donde se esfuman montañas nevadas como marco del sublime cuadro; en medio del lago se divisa la isla de Otock, que inclina las ramas de sus grandes árboles sobre las transparentes aguas, que vibran bajo los alegres sonidos de las campanas de su iglesia.

A la derecha, sobre un peñasco aislado que se eleva en el vacío, está el castillo de Veldés que parece velar por siglos la calma de este precioso pueblo.

Castillo y aldea pertenecen al obispado de Brixen. Esta vista reproduce nuestro segundo grabado.

LO QUE NO PUEDE DECIRSE.

DRAMA DE D. JOSE DE ECHEGARAY.

ACTO TERCERO

RETIRADO DESPUES DEL ESTRENO PARA SUSTITUIRLO POR EL QUE HOY LLEVA.

(Conclusion.)

ESCENA VI.

EULALIA, JAIME, GABRIEL FEDERICO.

Los dos últimos por la derecha, segundo término.

FEDERICO. (Corriendo hacia su madre.) Madre!... Madre mia!

GABRIEL. (Lo mismo.) Qué tienes?... Pero qué tienes?

EULALIA. Nada.... no es nada.... un desvanecimiento... (Apoyándose en Jaime, y seguida de Gabriel y Federico que también procuran ayudarlo, vá á sentarse en la butaca inmediata al velador.) El disgusto que nos ha dado Don Joaquín. No os asustéis. Ya pasó.

JAIME. Vamos.... dejad á vuestra madre, no la molestéis.... Aire puro es lo que necesita.... no más. Abrid ese balcón.

EULALIA. En esta atmósfera me ahogo.... abridlo, sí. (Gabriel y Federico van al balcón y lo abren. Despues Federico se queda apoyado en el sofá y contemplando á su madre. Gabriel mirando con insistencia á la calle.) (¡Jaime!) (Aparte y pidiendo todavía el anillo.)

GABRIEL. (Aparte.) Allí me parece que está: es el mismo. (Acercándose á Federico.) (Oye.... cuando volvíamos de acompañar á Don Joaquín preparaste en un hombre que paseaba por delante de nuestra casa?)

FEDERICO. (No sé: creo que sí.)

GABRIEL. (Sabes que por su aire.... me recordó....)

FEDERICO. (¿A quién?)

GABRIEL. (A Mister Patrick.)

FEDERICO. (A estas horas?)

GABRIEL. (Es muy extraño! no es verdad?)

FEDERICO. (Qué nos importa!) (Acercándose á su madre y en voz alta.) Te sientes mejor, madre?

EULALIA. Sí: ya estoy bien.

GABRIEL. (Aparte.) (No es posible: serán imaginaciones mías.) (Hace un movimiento con la mano como para alejar ideas molestas y se acerca á Eulalia.) De veras te sientes ya bien?

EULALIA. Sí

GABRIEL. (Con cariño pero con insistencia.) La verdad!... la verdad, madre.

EULALIA. Tanto preguntas por ella que será preciso decírtela.

JAIME. (Separando á Gabriel.) Basta, Eulalia. No hables más: te fatigas. Vosotros retiraos. Ya es tarde. El día fué de prueba; sea al menos la noche de descanso. Vamos.... qué esperais? (A Gabriel y Federico.)

FEDERICO. Adios, madre. Adios, padre mio.

GABRIEL. Descansa, madre, que bien lo necesitas. (Gabriel y Federico estrechan la mano á su madre, se despiden de su padre y se dirigen á la derecha, primer término. Eulalia queda en la butaca próxima al velador, Jaime á su lado.) (Deteniendo á Federico al llegar á la salida y en voz baja.) (Federico....)

FEDERICO. (Deteniéndose.) (Qué?)

GABRIEL. (Dame la llave de la puerta.... de allá.)

FEDERICO. (La llave!... para qué?)

GABRIEL. (Quiero bajar á la calle.... un momento no más, para saber si aquel hombre es Mister Patrick.)

FEDERICO. (Capricho es!)

GABRIEL. (O presentimiento! Dame.)

FEDERICO. (Toma. (Entregándole la llave.) Ese hombre es tu pesadilla.

GABRIEL. (Y qué horrible!)

JAIME. Pero no os vais? Vuestra madre desea descansar.

FEDERICO. Adios. (Sale por la derecha, primer término.)

ESCENA VII.

EULALIA, JAIME, GABRIEL.

Los dos primeros junto al velador: Gabriel junto á la puerta.

JAIME. (A Gabriel.) Y tú, á qué aguardas?

GABRIEL. Pensaba velar en esta sala: puede ponerse peor mi madre. (Dice esto sin moverse de la puerta: su entonacion es falsa: en su actitud hay algo del que se dispone al acecho.)

JAIME. Yo velaré.

GABRIEL. Es que yo no tengo sueño.

JAIME. Ni yo he de dormir. Vete.

EULALIA. Retirate, Gabriel. No necesito de tí. Ayúdame hasta mi cuarto, Jaime. Buenas noches hijo mio. (Se levanta y apoyándose en Jaime, que lleva la luz del velador, se dirige al fondo. Gabriel con precaucion y á lo largo de la pared vá por la derecha, de la puerta del primer término á la del segundo.)

GABRIEL. Buenas noches, madre. (Llegan casi al mismo



El lago de Valdés.

tiempo Eulalia y Jaime á la puerta de cristales del fondo y Gabriel á la de la derecha.)

JAIME. Adios.

GABRIEL. Adios. (Aparte continuando la frase.) (A Dios me encomiendo, porque sospecho que de él he menester esta noche. No mira ahora.... padre, perdóname, es mi última duda!) (Sale Gabriel: Jaime abre las puertas del fondo y entra Eulalia.)

JAIME. No pienses en nada, Eulalia: duerme, descansa.

EULALIA. (Desde dentro.) Adios Jaime. (Jaime cierra las hojas de cristal y deja la luz en una de las mesas próximas.)

ESCENA VIII.

JAIME.

Y Gabriel?... Al fin se marchó. Ya era tiempo. No tardará mucho Mister Patrick: minutos faltan no más. (Consultando con un reloj de sobre-mesa.) Siento una angustia! Cómo se parecen en ocasiones la virtud y el crimen! Una conciencia tranquila, dicen!... No basta: cómo se conoce que no se han visto nunca acusados injustamente los imbéciles que así declaman. No supe lo que me hice al obligarle á venir á esta hora, de este modo, y con este misterio. Verdad es que yo estaba loco y que en aquel instante nos miraba Gabriel y enloquecí más... Quién sabe? quizá esto es lo mejor. Si sale bien es lo mejor. (Acercándose á la puerta de la derecha,

primer término.) Nada se oye: se habrán dormido. Ah! la juventud!... (Echando la llave á la puerta.) Cierro y ahora que vengan si pueden. Prisioneros; quedaron prisioneros! (Con estúpida sonrisa de triunfo.) Ah! pudieran aprisionarse las ideas como los cuerpos y famosas mazmorras haria yo para las que me estorbasen! (El reloj de sobre-mesa dá las doce.) Las doce: ya estará abajo. Haré la señal que al marcharse le dije. (Toma la bujía, vá al balcón, lo abre y saca la luz.) Para cuántas infamias habrá servido una señal como esta. Sirva una vez para algo bueno. (Como alarmado.) Y Eulalia? la habrá vencido el sueño: la fatiga? (Anda con gran silencio y precaucion, se acerca al fondo y aplica el oído.) Creo que duerme. Pobre criatura! Ea.... el último esfuerzo.... y cumplí mi deber.... y se acabó todo. (Prestando oído.) Qué?... qué?... algo he oído. Sonó una puerta.... No: sería.... sería la de allí.... (Señalando á la de escape.) Es que Mister Patrick me espera y se impacienta. Vamos.... valor.... (Avanzando hácia la izquierda.) Llega Mister Patrick: cojo eso: le despido sin hablarle.... y no más. Un minuto.... menos: medio minuto y estoy del otro lado del abismo. (Sale con la luz por la puerta de escape: izquierda, segundo término: la puerta queda abierta.)

ESCENA IX.

GABRIEL.

Por la derecha, segundo término: la escena á oscuras: el resplandor de la luz se vé por la puerta de escape.

(Entrando con precaucion.) Mister Patrick era!... en esta casa entró!... por la otra escalera ha subido!... y allá vá mi padre!... Qué es esto!... Es un sueño!... Si es un sueño, alma, despierta!... Pero si es la realidad, alma mia, duerme eternamente!... Ahí vienen!... No quiero verles!... (Hace un movimiento para huir por donde vino: despues vuelve.) Pero la verdad está en mis manos!... Ya la tengo á mi alcance!... Hé de renunciar de ella?... Nó... te buscaba... te encuentro.... maldita seas!... pero ven á mi que yo te llamo!... (Se oculta tras al cortinaje del fondo.)

ESCENA X.

GABRIEL (oculto.) JAIME. MISTER PATRICK (por la izquierda.)

JAIME. (Alumbrando.) Por aquí.... despacio....

M. PATRICK Ha rato esperaba.

JAIME. Dije á las doce.

M. PATRICK Pues ya dieron.

JAIME. Silencio: hable usted en voz baja. Están allí...

M. PATRICK Quien?

JAIME. Ellos. Pero no vendrán. Eché la llave.

M. PATRICK Ya! Y echó usted tambien la llave á sus vacilaciones y escrúpulos?

JAIME. Sí; quiero al menos una vez, cumplir con Federico como padre.
 M. PATRICK Ya era tiempo.
 JAIME. No hable usted alto. Trae usted eso?...
 M. PATRICK Aquí está. (*Sacando una cartera.*) Parte en....
 JAIME. Bueno, bueno: venga. (*Arrebatándosela.*)
 M. PATRICK El resto en billetes. Treinta mil libras. Ahora voy á explicar á usted....
 JAIME. No. (*Prestando el oído.*) Oyó usted algo?
 M. PATRICK Nada.
 JAIME. Vamos.... pronto.... pueden despertar.... (*Cogiéndole la luz.*)
 M. PATRICK Pero yo digo....
 JAIME. No por favor!... Vamos. Despacio.... silencio.... (*Salen por la izquierda llevándose la luz.*)

ESCENA XI.

GABRIEL, despues JAIME.

GABRIEL. (*Saliendo de detras del cortinaje pero sin avanzar. Sólo puede el talento del actor dar un verdadero carácter trágico á estos gritos.*) Lo he visto!... lo he visto yo!... mi padre!... mi fê!... mi idolo!... todo cieno y miseria!...
 JAIME. (*Entra con la luz en una mano y la cartera en la otra: cierra la puerta y deja la luz sobre la mesa que hay entre el balcon y dicha puerta.*) Al fin!... todo acabó!... al otro lado del abismo!... (*Con arranque de alegría.*)
 GABRIEL. (*Precipitándose sobre él, cogiéndole brutalmente por un brazo y con un grito de horrible amenaza.*) No.... en su fondo!!
 JAIME. (*Volviéndose.*) Hijo! (*Se entrega este momento supremo á la inspiración de los actores.*)
 GABRIEL. Padre!... mátame!... de rodillas te lo pido!... mátame ántes de que te diga lo que voy á decirte!
 JAIME. Tú!... eres tú!... no es posible!... esto es un sueño!... Eso creí yo también!... Pero no!...
 GABRIEL. Lo ves... lo ves como era verdad!
 JAIME. No lo es... te lo juro con las manos en cruz!
 GABRIEL. Esta es la tercera vez que juras! Y las tres en falso!
 JAIME. Gabriel!
 GABRIEL. Dame esa mano! qué tienes en esa mano? (*Queriendo cojer la cartera.*)
 JAIME. Nada! nada!
 GABRIEL. No es verdad! (*Con ferocidad.*)
 JAIME. Tú me desmientes!... Tú!... á mí.
 GABRIEL. Pues qué hay en esa cartera?
 JAIME. No lo sé!
 GABRIEL. Yo sí: pedazos de nuestra honra es lo que oprimas en tu mano.
 JAIME. Ojalá fueran pedazos de tu corazón, no me dirías lo que me dices!
 GABRIEL. Pues tómalos y la vida con ellos porque tenga algo que agradecerle!
 JAIME. Tu vida! No puedo, que yo te la di!
 GABRIEL. En hora maldita si habías de deshonrarla después!
 JAIME. Tú crees que yo te he deshonrado?
 GABRIEL. No lo creo! lo estoy viendo!
 JAIME. No, Gabriel!... No!
 GABRIEL. No lo niegues, que enloquezco al oírte negar la evidencia!
 JAIME. La evidencia! La quieres?
 GABRIEL. Sí!
 JAIME. Pues sea!... Eulalia! Eulalia!... No más!... Yo no sufro esto por nadie! ¡Ni por tí, Eulalia! (*Arroja la cartera en el sofá. Corriendo á la puerta del fondo y golpeándola.*)

ESCENA XII.

JAIME. GABRIEL. EULALIA.

EULALIA. (*Por el fondo con bata oscura y el cabello suelto.*) Qué sueño es este? Quién me llama?
 JAIME. Yo! (*La coje por un brazo y la trae brutalmente á donde está Gabriel.*)
 EULALIA. Jaime! Gabriel!
 JAIME. Mirale!... Él!... él!... me ha dicho que juré en falso!... me ha dicho que miento! A mí! á su padre!... Dice que le he deshonrado! que maldita la hora en que le dimos la vida! Eulalia! Eulalia!... perdóname! pero todo sacrificio humano alguna vez concluye!
 EULALIA. Y alguna vez empieza!... Dile la verdad!
 GABRIEL. Sí! una vez al menos!
 JAIME. Pues sea!
 GABRIEL. De quién es ese oro infame que te han dado para Federico?
 JAIME. (*Acercándose á Gabriel, en voz baja y como huyendo de Eulalia, cuya actitud queda encomendada á la actriz.*) De su padre!... Pero calla!
 GABRIEL. (*En voz alta.*) Tuyo pues!

JAIME. (*Como ántes.*) Nó!
 GABRIEL. (*Siempre en voz alta.*) De su padre y no es tuyo!... No te comprendo!... Mi razón vacila!... Entonces... no eres tú su padre?
 JAIME. Quisiste saberlo todo?
 GABRIEL. Sí!
 JAIME. Pues todo lo sabés ya!
 GABRIEL. Todo!... Todo nó!... Me falta el fondo del abismo!... Quién es su madre? (*Jaime se aparta de Gabriel sin atreverse á contestar.*) Quién es?... Responde! (*Jaime vacila, y mira á Eulalia.*)
 EULALIA. (*Adelantándose hasta su hijo.*) La tuya!
 GABRIEL. Tú!... madre!... madre mía!... madre de mi alma!...
 EULALIA. Sí: yo!
 GABRIEL. Tierra, por qué me faltas? Aire, por qué me ahogas? Luz, por qué te apagas? Madre, por qué me matas? (*Huye de su madre y se cubre el rostro con las manos.*)
 EULALIA. (*Acercándose á él.*) Mirame!... Mirame, hijo mío!... Yo no huyo tu mirada!... (*Insistiendo con angustia porque la mire.*) (*Pausa.*)
 GABRIEL. (*Sin volverse hácia su madre.*) Para qué quieres que te mire, si aunque te mirara no podría verte.
 EULALIA. Ah!... no quieres!... no quieres mirarme! Pues bien, no me mires! Pero has de saber, que tu padre, aunque yo no tenía culpa, ni había para qué me perdonara... me perdonó! Tu perdón... ni lo necesito... ni te lo pido! El tuyo, sí, Jaime! (*Volviéndose hácia él y tendiéndole los brazos.*)
 JAIME. Eulalia! (*Acercándose á ella.*)
 EULALIA. Y de rodillas!... (*Cae á los pies de Jaime y le coje la mano en que tiene el anillo.*) Tu mano!... dejame que la bese!
 GABRIEL. Madre, si no eres culpable, para qué caíste ante él y para qué le besas la mano?
 EULALIA. (*Siempre de rodillas y sin soltar la mano de Jaime se vuelve hácia Gabriel al oírle hablar y empieza á incorporarse.*) Para qué?... (*Con desesperación suprema, volviendo á caer de rodillas.*) Para esto!... (*Besa la mano á Jaime figurando que rompe la sortija con los dientes y que bebe el tósigo que contiene.*) Jaime, mi último beso! (*Cae en tierra.*)
 JAIME. Eulalia!... que hiciste!... Qué beso tan horrible!... Mi anillo. Eulalia!
 EULALIA. Beso de muerte!
 GABRIEL. (*Dá un grito, se precipita hácia su madre y entre él y Jaime la levantan.*) Madre!... madre mía.
 JAIME. Eulalia!
 EULALIA. Jaime!... me diste un hijo... te devuelvo el tuyo. Gabriel... mira... que Dios no me perdone este crimen... si fui culpable de aquel... Me crees?...
 GABRIEL. Sí, madre; sí. (*Llorando.*) Qué la muerte es la verdad, y te siento morir entre mis brazos!
 EULALIA. Gracias... pero ahora... veré... si me engañas... Jaime... Gabriel... Federico... A... dios... (*Cae muerta en el suelo.*)
 JAIME. Muerta!... Eulalia!...
 GABRIEL. Muerta, nó!... no digas eso!... madre mía, castígame como quieras... pero dame tu perdón... tu perdón... tu perdón, madre!
 JAIME. El castigo ya está en tí! El perdón aún está en el Cielo! Lloro, lloro para alcanzarlo! (*Eulalia muerta en tierra: arrodillado junto á ella, cogiéndole las manos y mirando con terror á su padre, Gabriel: en pie, desesperado y sombrío y alzando una mano hácia el Cielo, Jaime.*)

Fin del drama y de la segunda parte de la trilogia

ERRORES.

Á LA ILUSTRE ANDALUZA PATROCINIO DE BIEDMA

PROGRESO, civilización, adelanto, gobiernos justos, democracia universal, secularización de fueros humanos, paz, orden, bienestar, industria, comercio, ciencias, artes, literatura... nombres vacíos de sentido é imposibles de concederles aplicación práctica, mientras que sus manoseadores no descarten las ideas que de su enunciación se desprenden, de los sacrosantos principios, religiosos y sociales, que gobiernan la federación moral de la humanidad.

Ideas antitéticas, opuestas, tan opuestas como opuestos son los vértices formados por dos rectas que se cortan; progreso y desmoralización; adelanto y negación de Dios: civilización y abolición de todo culto religioso; cultura y proclamación de la soberanía de la materia sobre el espíritu, ó la identificación del efec-

to con la causa, del hombre con su Creador. A esto algunos imbéciles, ó mejor dicho, algunos *clandestinos* corifeos suelen llamar *adelanto*, cuando en realidad es *retroceso*, pero retroceso vergonzante, retroceso que empaña nuestra natural majestad, retroceso que la historia ha de maldecir siempre, y que no merecerá otra clase de juicios del desapasionado crítico, que el del anatema ó tal vez el de la compasión; porque sabedlo bien: la humanidad, á veces ébria de orgullo, cree llegado el momento de desatar sus aparentes trabas, y como niño mimado que es todavía, se precipita inepta en el marasmo imbecil del descreimiento ó en los sanguinarios horrores de la matanza; en la actualidad atraviesa una crisis espantosa; la lucha entre la fé, la razón y el descreimiento.

El siglo XVIII, siglo bendito que tras de espantosos cataclismos y de acciones heroicas nos trajo *Los Derechos del Hombre* con sus inolvidables preceptos y sus filosóficas adiciones, alabando ciego en *todas sus partes* algunos intransigentes defensores de nuestra aspiradísima meta de progreso, haciendo de esta manera causa común con los reaccionarios al exclamar que *el fin justifica los medios*; es decir, observan sólo que la por siempre gloriosa revolución francesa nos conquistó inmensos títulos de gloria, sin comprender que se vé oscurecida por muchos, muchísimos puntos negros esta decantada gloria entre los que nó es menos sombrío la decapitación del más liberal y bondadoso de los monarcas franceses, el infortunado Luis XVI, el *Luis Capeto* de las embrutecidas turbas.

¿Queréis progreso? Pues arrojar á los frailes de sus conventos, desde donde chupan vuestra sangre.

¿Queréis libertad? Pues hollar la libertad de los demás, proclamando la soberanía de los muchos sobre la de los pocos, la soberanía de la fuerza.

¿Queréis cultura? Pues negar á Dios, ser misterioso del que ni aun la tradición nos dá noticias; consagrar himnos á la evolución de la materia y declarar guerra á muerte á todo lo tradicional, á todo lo histórico.

¿Queréis ser civilizados? Pues comu gar con la hostia filosófica de Abreus, Spinoza y Epicuro, ó con la económica de Proudhon, declarando la no existencia de un complemento expiatorio ó laudatorio de nuestra existencia, y pregonar en voz en grito el comunismo socialismo de gran parte de nuestros modernos economistas.

¡Credo funesto que inconsciente é insustancialmente aprende nuestro esencialmente crédulo é ignorante pueblo, y que le conduce á los atropellos de *La Vendée* en Francia, ó al *delirium tremens* de Cartagena ó Alcoy en España!

Así es, que para el vulgo que podemos llamar *pasivo* no existe palabra más tétrica ni digna de ser temida que la de *progreso*, pues consideran sustancialmente unidos á él, el crimen, el descreimiento y la oligarquía, que los *intrusos*, *superficiales* ó *clandestinos* partidarios de la civilización le atribuyen á despecho de los que comprenden es el benéfico sol llamado á alumbrar por siempre á nuestra humanidad y á disipar las tinieblas del oscurantismo y de la duda que por tanto tiempo nos ha fatigado con el escasisimo resplandor de sus amarillentos rayos.

Si de las premisas que nos presentan sus ofuscados *defensores* hemos de sacar la conclusión, nosotros terminaremos diciendo que si *eso* es progreso, no lo queremos, mejor dicho, nos constituimos en adversarios suyos, porque nuestro ideal tiene algo más de moral y justo que ese mentido horizonte de felicidad, porque nuestra constante aspiración es el gobierno de la justicia, de la fraternidad, de la paz y del derecho, sobre un pueblo libre dejar cadenas de la ignorancia y que químico perfecto sepa aleccionar el derecho con el deber y la fraternidad con la justicia.

ALEJANDRO SAWA MARTINEZ.

Málaga: 1878.

LITERATURA EXTRANJERA.

SUA SANTITÀ PAPA PIO IX.

Roma, 8 febbraio.

Il vostro corrispondente telegrafico mi prevenne già nell' annunziarvi il grande avvenimento della morte del Papa. L' ultima lettera che vi scrissi l' altro ieri constataba l' insolito miglioramento della salute di Sua Santità, la quale aveva potuto, il giorno della Candelara, ricevere sul suo trono le oblazioni di cera e pronunziare il suo discorso, pri no dopo la malattia e che nessuno certamente credeva dovesse esser l' ultimo. In questo discorso il Santo Padre aveva ringraziato il clero e i fedeli delle preghiere fatte per la sua guarigione, e ne aveva chiesto altre, onde riuscisse perfetta. L' altro ieri si era alzato ed aveva camminato per la prima volta, appoggiato sulle sue stampelle. Il tempo magnifico, il caldo e il profumo di primavera che sentivasi nell' aria l' avevano eziandio deciso ad aprire la finestra per respirare con delizia queste tepide aure. Sembrava però che questa finestra aperta sia stata fatale a Pio IX come lo fu a Vittorio Emanuele, giacché prima della

sera egli provò un certo malessere, ed invaso d' un tratto da un ferale presentimento, disse ai componenti l' anticamera pontificia nel congedarli: «Vi do l' ultima mia benedizione. Il Papa è bell' e spacciato!» Sopravenuta la sera, si dichiararono dei crescenti sintomi di febbre, e furono chiamati in fretta il dottore Antonini e il professor Ceccarelli. Tali sintomi divennero più intensi nella notte. L' augusto infermo non poteva dormire, smaniava, sentiva continui brividi ed una estrema oppressione nel respirare. I medici, riconobbero i sintomi di una forte febbre perniciosa. Verso le tre il dottor Ceccarelli fece portare un ristoro, che il Papa prese e dopo il quale si sentì assai meglio. Però alle quattro del mattino i brividi ricominciarono, la febbre crebbe e l' ansia e il soffocamento aumentarono. Furono allora chiamati in fretta il cardinale Monaco La Valetta, vicario di Sua Santità, e il cardinale Pica, camerlengo di Santa Romana Chiesa.

Pio IX consegnò al secondo un piego sigillato contenente le sue istruzioni. Alle cinque antimeridiane la febbre aumentava, la difficoltà del respirare era estrema, il polso, quantunque frequentissimo, s' indeboliva gradualmente accennando all' esaurimento delle forze vitali. L' ammalato conservava però una mirabile presenza di spirito, una tranquillità d' animo perfetta. Verso le nove monsignor Marinelli, vescovo di Porfirio confessò il Santo Padre e gli amministrò il S. Viatico, e poi il sacramento della estrema unzione. Alle dieci l' ordine partiva del Vaticano d' esporre il Santissimo in tutte le chiese parrocchiali di Roma. Quest' ordine mise sossopra la popolazione, che cominciò ad affollarsi intorno al palazzo apostolico, mentre cospicui personaggi, cardinali, vescovi, prelati, ambasciatori, ministri e principi e nobili romani e dame affluivano frettolosamente al Vaticano. Intanto il polso dell' augusto infermo si faceva ognor più debole, e più depresso, le estremità del suo corpo si raffreddavano, le livide tinte della morte vi si stendevano a poco a poco al pari di un funereo velo. Il rantolo che usciva dal suo petto faceva pena a sentire e contrastava singolarmente colla calma mirabile del suo spirito. Intanto al suo letto cresceva la folla dei cardinali edei prelati. Il Papa vedendoli prese il crocifisso che teneva sotto il capezzale ed alzando a stento la sua mano, li benedisse ripetutamente. Dopo il mezzogiorno il peggioramento diventò più visibile. I medici coi loro aiutanti constatarono il rapido avvicinarsi della morte; essi dichiararono che, scemando ognor le forze, la vita col decrescere della febbre, si doveva spegnere anch' essa come una lampada a cui vien meno il fluido che l' alimenta. Il cardinal Bilio, il quale, insieme all' eminentissimo Marinelli, stava ai fianchi del letto, cominciò la raccomandazione dell' anima. Pio IX, con debole, ma ancora distinta voce, articolava le parole delle preghiere, mischiate col penoso rantolo, il cui rauco suono aveva un non so che di lugubre e di sepolcrale.

Poi la voce s' affievolì, le labbra impotenti a pronunciare parole, non mandavano più fuori che questo straziante rantolo. Tuttavia lo spirito dominava, impavido e tranquillo, questo sfacelo della terrestre sua spoglia; il Papa faceva vedere coi cenni che avrebbe voluto parlare, ma che la voce e la lingua non ubbidivano più alla sua volontà. Fu allora che il penitenziere maggiore, venendogli quasi in aiuto, lo pregò amorosamente a benedire ancora il Sacro Collegio raccolto intorno al suo letto. Il Santo Padre capi perfettamente questa preghiera ed alzò alquanto la mano in atto di benedire. Verso le due e mezzo si sparse la voce della morte del Papa, perchè monsignor Ricci, maggiordomo di Sua Santità, il quale era uscito un momento dalla camera del moribondo, vi fu richiamato in tutta fretta. Questo istantaneo richiamo era cagionato dai conati di vomito che si manifestarono repentinamente nell' ammalato. Dopo i medesimi cominciò l' agonia affannosa e dolorosissima. Gli assistenti, tutti inginocchiati, pregavano ad alta voce e quel mormorio di preghiere era mischiato di pianto e di singhiozzi in mezzo ai quali si sentiva, ogni tanto, ed ognor più debole, il lugubre rantolo. La seconda parte del rosario, intuonata dal penitenziere maggiore, era recitata divotamente di sala in sala sino a quella degli svizzeri. Mentre l' eminentissimo Bilio invitava gli astanti a considerare il mistero di Gesù che porta la croce al Calvario, le campane di San Pietro suonavano l' Ave Maria. Allora il moribondo, risvegliato quasi dalla salutare angelica, aprì gli occhi, mosse le labbra come se volesse ripetere le parole dell' Arcangelo, ed in un ultimo sospiro la sua anima sembrò volare col tocco del sacro bronzo.

Il pontefice che aveva stampato sì larga orma nella storia del suo secolo, che aveva iniziato il risorgimento d' Italia, non era più. Il penitenziere maggiore, che l' osservava attentamente, si chinò alquanto, lo guardò fiso in volto, e poi pronunciò solennemente le parole: *Requiem aeternam dona ei Domine*. Questo annuncio, quantunque aspettato, produsse uno straordinario effetto, le preci furono interrotte, e la folla si portò tutta verso la camera del defunto e verso il suo letto. Tutti volevano baciare le mani e i pie-

di dell' estinto, e tutti piangevano e confondevano y loro sospiri. Era uno spettacolo solennissimo i rappresentanti delle potenze tenevano il fazzoletto sugli occhi, e si asciugavano le lagrime. Ben presto la dolorosa notizia percorse Roma e vi produsse un' immensa impressione, sovra tutto nel basso popolo del Trastevere e dei Monti, che piangeva direttamente.

Stamane ebbero luogo le cerimonie della ricognizione del cadavere, e il cardinale camerlengo circondato dai chierici di camera, ha battuto col martello d' argento le tempie del cadavere, chiamando per tre volte: *Beatissimo Padre*. Poi gli ha levato dal dito l' anello del pescatore spezzandolo, quindi ha preso possesso del governo della chiesa. Un editto del cardinal vicario, ordina in nome del cardinal camerlengo le preci per il defunto papa ed altre *pro eligendo Pontifice*, ed annunzia i novendiali, che molti credevano soppressi. Tutte le campane delle trecento chiese di Roma intuonano il più mesto e maestoso coro che si possa uire sulla terra. Il Vaticano è chi usò per gli estranei; i cardinali vi sono continuamente adunati, il cardinale camerlengo vi dorme. Nulla si sa ancora del conclave, nè se avrà luogo a Roma, perchè la maggioranza dei cardinali vorrebbe l' immediata partenza dopo i novendiali. Tuttavia si dubita grandemente che un simile progetto possa essere attuato. Comunque sia ogni asserzione affermativa o negativa su tal proposito sarebbe prematura. L' ambasciatore di Francia presso la Santa Sede ha preso in custodia l' appartamento privato del pontefice, e specialmente le tre camere di sopra, presso la sua biblioteca, colme di preziosissimi oggetti, inestimabili per valore materiale e per arte.

G. D. I.

LA ROCA DE TREGUNC.

LEYENDA BRETONA POR KATHERINE S. MACQUOID.

Traducida para el CÁDIZ por °°.

(CONCLUSION.)

CAPÍTULO VII.

Lo que oyó Annik desde su dormitorio.

Después de lo ocurrido entre Silvestik y Annik al pie de la cruz de piedra, la joven continuó pensativa, y sin saber bien la causa, triste: se acusaba de haber tratado con demasiada dureza á Silvestik, de no haberle dado pie para que comprendiera con más claridad, que la eran agradables sus obsequios; mientras que con Lao, quizás estuvo amable con exceso; dando lugar, á que él tomara demasiada libertad para hablar con ella: aquella misma noche (la del Sábado) la había hablado, como si hubiera entre ambos una completa inteligencia, lo que había sido causa para que ella se incomodase formalmente y le mirara con el más soberano desprecio: pero Guerik con cierta mirada de inteligencia, y dándole unas palmaditas en el hombro, dijo á Lao:

—Esta es la regla de conducta siempre con las mujeres, amigo Coñfrec, cuando dicen que no es cuando más piensan que sí, no lo olvideis.

A estas palabras Annik, indignada, se fué corriendo á encerrarse en su cuarto, resuelta á no volver á bajar hasta que Lao se hubiese marchado.

Allí permaneció en la oscuridad más de media hora pensando en Silvestik y en las razones de su extraña conducta, oyendo, sin comprenderlo bien, el ruido de las voces del piso bajo, que dominaba el de las ramas del castaño que azotaba la ventana de su cuarto; pasado ese tiempo comenzó á aburrirse y cansarse de esperar. Lao continuaba en animada conversacion con su tío; y como no veía señales de que terminara, y ni aun luz tenía, más que la que las junturas del tablado del piso dejaban filtrar, se preparó para dormir y comenzó á desnudarse diciendo:—Yo estoy muy cansada de luchas y no volveré á bajar, lo mejor será acostarme.

Un gran alfiler de cabeza de plata que sujetaba el jutillo cayó al suelo, y se bajó para buscarlo á tientas, temiendo no se escuriese por entre las junturas de las tablas, cuando lo encontró se hubiera podido notar el rubor de la alegría subiendo á sus mejillas, si hubiera sido observada por alguno: era el alfiler un regalo de Silvestik, el año último en la fiesta de *Pout Aven*: pero el observador hubiera visto en el acto tornarse en lividez su rubor y su sonrisa en espanto, y en lugar de levantarse pegó su oído contra las tablas. Había oído su nombre pronunciado por Lao entre las palabras esposa.... mujer....

—Yo te ofrezco que Annik será tu mujer antes de una semana—decía Guerik.

—¿Por qué no más pronto? Demasiado sabes que no puedo esperar tanto, mi gente me espera y no puedo abandonarla sin temer una insubordinación; además, yo quiero estar un día ó dos en Brest con la chica antes de volver al mar. ¿Por qué no hacemos la boda el Lunes?

—Mira Lao; tú eres demasiado listo para no comprender que es preciso antes que ella te admita por completo, y no casarte contra su voluntad.

—Déjame en paz, Guerik; conozco bien el sexo—la risa de Lao después de estas palabras, hizo estremecer á la pobre Annik—te digo lo mismo que hace tres días. En estos días ha rehusado toda conversacion sola y además—dijo bajando la voz y mirando alrededor con desconfianza—he sabido muchas otras cosas. Mira, entre nosotros; ese tonto de Kergröes, á pesar de su estupidez, está loco de amor por ella, al extremo que ha vendido su alma á mi abuela, la vieja Ursula, para un encanto para alcanzar el amor de la chica.

—¡Pero Lao! ¿Y eres tú bastante necio para creer en tales cuentos de viejas? Francamente, creía á Silvestik Kergröes con más sentido comun. ¿Y en qué puede consistir ese sortilegio?...

Temblando con todos sus miembros Annik, puso sus cinco sentidos para no perder ni una sílaba de la respuesta.

—Mi abuela me ha dicho que esta noche irá Silvestik cumpliendo su mandato á la *Roca movable*; que el encanto faltará, y que el mancebo, medio loco, será arrojado por la oscilacion de la *Roca* al mar, y llevado por las olas muy lejos, porque es la hora de pleamar, como le sucedió al majadero aquel, Pedro, hace algunos años. Esto es preciso que no lo sepa Annik. Una mujer, por muy lista que sea, es siempre tonta en ciertos asuntos, y cuando un hombre corre algun peligro sólo por conseguir su amor, le aman por poco que valga; y.... ¿quién sabe? si ella después de conocido no se apasionará hasta de su memoria.... La falta de Silvestik no será notada en una semana ó más quizás; todos creerán que está en Nizon. ¡Es un buen plan! ¿No es verdad? Oh! mi abuela es una mujer que sabe mucho.

Annik se quedó como muerta y sin saber lo que le pasaba; creía que la razon le abandonaba, pero el ruido de las ramas en su ventana la volvió á la realidad: su corazón latía tan fuertemente que la ahogaba, y sin embargo hizo un esfuerzo sobre humano, porque comprendía que la era absolutamente preciso no perder ni una sílaba de lo que iba á seguir.

—Esa es ya otra cuestion: supongamos que sale sano y salvo de su empresa... dijo Guerik con socarronería.

Lao lanzó un terrible juramento, y se levantó violentamente de su asiento dando una patada en el suelo.

—No volverá, te lo aseguro: es demasiado necio. Ursula le aseguró que si el encanto le decía 'que sí, tenía que desistir de su empeño con Annik; y los caracteres débiles no tienen el valor de la perseverancia, no se atreverá á volver á Kerion.

—Pero suponte que vuelva; mientras hay vida hay esperanza. Primeramente se desesperará, pero después comprenderá que para hablar con Annik nada puede perder, y puede ganar algo en cambio, pero para decirte la verdad completa.... la chica le quiere. Sí, sí... si la marea no se lo lleva... volverá y probará fortuna.

—Entonces... dijo Lao friamente pero con decision—no volverá á Kerion.

Después de estas palabras nada se oyó, sino un leve murmullo imposible de descifrar. Guerik y Lao concertaban un plan, no cabía duda; ¿cuál era éste? imposible de adivinar.

Annik se levantó sin hacer ruido: se sentía tranquila y con valor para todo, desde que sabía el amor de Silvestik. Un sólo pensamiento tenía fijo en su mente y la dominaba por completo; dejar aquella casa cuanto antes y avisar á Silvestik del peligro que le amenazaba.

Por la escalera no podía bajar ni abrir la puerta de la casa, cerrada ya, sin hacer ruido, ni aun se atrevía á descender el cerrojo de la puerta de su cuarto. Pero bien pronto comprendió el camino por donde podía salir sin ser vista ni oída. Su cuarto era la mitad en estancia que el correspondiente de abajo; la otra mitad era un granero, separado únicamente por un tabique de tablas con una abertura á manera de ventana en el centro, cerrada por un bastidor de lona.

Vestirse con precaucion, cortar con unas tijeras la lona del bastidor y pasar con los zapatos en la mano al cuarto inmediato, fué obra de un momento: una vez allí ya, con algo más de claridad, porque el castaño que estaba delante de la ventana del granero había sido desgajado por un rayo y no tenía hojas, concluyó de vestirse y calzarse, y se aproximó con precaucion á la ventana, cojió una de las ramas más fuertes del castaño, y dejándose escurrir con cuidado llegó á tocar el suelo del corral, cuyo ejercicio había practicado más de una vez, cuando las brutalidades de su tío la habían obligado á salir sin ser vista de él.

Una vez en el suelo, se detuvo y escuchó: la tierra estaba empapada y aún llovía un poco; y no oyendo otro ruido que el que hacían las vacas en el establo, se calzó los zapatos y partió como una exhalacion, á pesar de la oscuridad, en direccion á la *Roca movable de Tregunc*.

CAPÍTULO VIII.

Consecuencia y desenlace.

Andando trabajosamente, llena de fango, destrozada por la fatiga y agoviada por el sufrimiento moral, aunque su misma preocupación la hubiera hecho más insensible á la fatiga, con el espanto en la mirada y la muerte en el corazón, llegó al fin la desdichada Annik cerca de la misteriosa Roca que se destacaba sombríamente en la semi-oscuridad del crepúsculo.

Sólo se oía el monótono sonido de las rompientes de la costa, hacia el Sur; la faja rojiza y luminosa indicaba la proximidad de la Aurora. El triste golpear de las olas recordó á Annik las infames palabras de Lao: «Es preciso que no vuelva á Kerion.»

—Silvestik! Silvestik!!—gritó con la agonía del terror—¿dónde estás? Soy yo Annik, quien te llama...

Del otro lado del camino una voz bien conocida de Annik, la del padre Pedro, gritó:

—Quién va!! ¿A quién llamas? Si sois cristiano, hombre ó mujer, quien quiera que seáis, en nombre de Dios os ruego, que vengáis á auxiliar á un moribundo.

Un estremecimiento de terror heló la sangre en las venas de la pobre niña.

—Voy, padre, voy! grito, y fué adonde se oía la voz, tropezando y cayendo entre los pedruscos del camino; bien pronto en la claridad aún dudosa, distinguió al anciano sacerdote inclinado sobre el cuerpo inanimado, al parecer, de una persona que yacía tendida á sus pies.

Sin poder articular una sílaba, la niña se arrojó sobre el cuerpo inanimado (que es inútil decir era el de Silvestik.) tratando de calentar entre las suyas las manos heladas del joven, hasta que sintió renacer en ellas el calor y la vida.

El Sr. Cura la habló, y ella contestó sin saber ni lo que decía; y creyendo que estaba sola unas veces, otras que venían á arrebatársela á su amante, pero siempre con la idea fija de que era preciso guardarse de Lao y Guerik que venían á asesinar á Silvestik.

En este momento un ruido que se oyó del otro lado del camino, la hizo poner de pie, y una luz que brillaba en aquella dirección, la dejó ver claramente á su tío y á Lao.

—¡Asesinos!!!—gritó con vehemencia extendiendo los brazos—¡Cobardes! guardaos de tocar á Silvestik.

Pero ya quebrantada por tantas y tan fuertes emociones, rendida por el dolor, la fatiga y la debilidad, empezó á sentirse sobrecojida por un vértigo, y cayó sin sentidos, por más que su tío y Lao quisieron tranquilizarla.

—Mathurin Guerik, ves corriendo á tu casa y trae tu carro y tu caballo para trasportar á estos dos desgraciados á mi morada, dijo severamente el padre Pedro. En cuanto á vos Lao, marchaos inmediatamente, y que no os vuelva yo á ver, que para nada os necesitamos.

Esto fué lo último que como un murmullo pudo oír Annik.

Estamos en casa del padre Pedro, 24 horas después de los sucesos del día anterior, cuya explicación creemos inútil, porque la imaginación de nuestros lectores ha adivinado lo ocurrido.

Annik abre los ojos y mira con extrañeza alrededor, hasta que una voz cariñosa y conocida le hace volver á su acuerdo.

—Gracias á Dios que te has despertado; vamos que es muy tarde; levántate pronto, que el señor Cura necesita hablarte.

La anciana ama de llaves del padre Pedro, que era quien hablaba, acarició á la niña, y la trajo una taza de café. Pero Annik no pudo tomarla: miró á la anciana con ojos angustiados; temía hacer una pregunta, pues, temblaba de adivinar la respuesta. Pero la anciana que lo comprendió, la tranquilizó al momento.

—Silvestik está bien, á Dios gracias! ¡Lo que vale ser joven! El señor Cura es demasiado indulgente con las faltas de los jóvenes: yo desearía preguntaros qué hacíais Silvestik Kergröes y tú cuando os encontré la noche pasada y os traje medio muertos aquí.

—¿Y él? preguntó Annik sollozando.

—¿Él?—contestó la anciana encogiéndose de hombro.—El está en la sala con el amo; pero está hecho una lástima; puedo decírtelo ya; con la cabeza vendada, y un brazo roto. Vamos, tú has librado mejor, añadió bruscamente.

Pero Annik no la escuchaba ya; abrazó á la anciana, la besó, riendo, chillando y sollozando á la vez como una loca, cuya conducta era altamente inconveniente en casa del Sr. Cura según el parecer grave de la anciana, que así se lo indicó á su amo después.

A pesar de todo, Annik continuó allí hasta que las hojas de los castaños empezaron á secarse y caerse de sus ramas: y en dicha época, una hermosa mañana del Otoño, Annik y Silvestik se unieron para siempre en la pequeña Iglesia de Kerion, trasladándose después al molino de Nizon, donde ambos con su alegría y su juventud lograron endulzar los últimos momentos del tío Juan María.

De Lao Coätfrec sólo podemos decir, que jamás lo han vuelto á ver en Kerion, y que aún cuando Mathurin Guerik vivía en la granja, ni Annik ni su marido volvieron á traspasar los umbrales de la casa después de aquella terrible noche en la Roca móvil de Tregunc.

FIN

Correspondencia del CÁDIZ.

D. V. R. Aguilera.—Madrid.

—Mil gracias por su amable carta, que he leído con verdadero placer; cuando guste honrar mi revista con sus escritos, ya sabe que está á su disposición.

D. C. Linares.—Cazorla.

—Queda hecha la traslación que indica. Gracias por su carta.

D. M. Batanero.—Motril.

—Haré cuanto me sea posible por complacerle en su estimable recomendación.

Sr. Administrador de la Moda.—Madrid.

—Recibidos los números que faltaban: mil gracias.

D. J. E. de Santos.—París.

—Agradezco infinito sus amables promesas y estimo como se merecen sus notables escritos.

D. B. Poyatos.—Rus.

—Me ha sido muy grato su cariñoso recuerdo en un día que tantos tiene para mí. Ya sé cuales son sus deseos, que aprecio tanto como su cariño.

Dr. Lopez de la Vega.—Madrid.

—Agradezco á V. sus ofrecimientos y le recuerdo lo que antes le he dicho: que el mucho original que tengo me impide complacer á mis favorecedores, pues, debiendo dar preferencia á los trabajos de actualidad me es imposible publicar otros, que siendo muy notables, no tienen tanto interés del momento.

D. A. Martínez Campo, Capitan general.—Puerto Principe.

—Mil gracias por su atento recuerdo que aprecio en mucho.

D. M. Ghirlanda.—Canarias.

—Recibida la libranza de un semestre de suscripción: escribiré.

D. J. Font.—Sevilla.

—Recibido el libro, que agradezco infinito, y contestada particularmente su carta.

D. A. Guerola, Gobernador civil.—Sevilla.

—Contestada por el correo su amable carta.

D. R. Fajardo.—Capitanía general.—Sevilla.

—Queda al cuidado de esta administración el cobrar á su tiempo la suscripción al CÁDIZ. Agradezco muy de corazón el afectuoso recuerdo de su distinguida esposa, á la cual le ruego salude en mi nombre.

D. J. P. Valle.—Oviedo.

—Mucho me complace la creación de un periódico en esa provincia para apoyar mis proyectos de Federación literaria.

Gracias por su artículo; si tengo tiempo me honraré en escribir en esa revista.

D. L. T. Pintos.—Buenos Aires.

—Gracias por las noticias que me dá. Recibiré con mucho gusto los escritos de los poetas argentinos.

D. R. García Sanchez.—Junquera.

—Gracias por su carta: procuraré complacerle.

NOTICIAS.

Hemos tenido el gusto de recibir la *Guía oficial de Cádiz, su provincia y departamento*, escrita por nuestro apreciable amigo D. José Rosetty, cronista de esta ciudad y de la provincia, y vocal de la comisión permanente de estadística de la misma. Es un libro notabilísimo, en el cual se encuentran consignados todos los sucesos de interés del último año, cuantos asuntos de importancia puedan buscarse, y cuantos detalles han de ser necesarios y útiles, así á los habitantes de la provincia, como á los que deseen estudiar el estado actual de la misma.

No está escrito, como esta clase de obras suelen estarlo, con repeticiones de años anteriores, además de ser completamente nueva, su estilo ameno y fácil hacen su lectura agradable al par que curiosa.

La recomendamos como la única en su género, á nuestros lectores, y damos las gracias á su autor por el amable recuerdo que le hemos merecido.

Los conciertos de la sociedad de cuartetos de Santa Cecilia, obtienen el brillante éxito que era de esperar, atendidas las notables cualidades que distinguen á los simpáticos artistas que en ellos toman parte.

Llamamos la atención de nuestros lectores hacia la notable carta del comisario régio de España en la Exposición de París, Excmo. Sr. D. José Emilio de Santos, que tanto interés revela por la provincia de Cádiz, y desearíamos ver atendidas sus patrióticas y autorizadas indicaciones.

El teatro-circo *Romea* sigue atrayendo una regular concurrencia con las bonitas zarzuelas puestas en escena. La compañía, que hace notables esfuerzos por complacer al público, logra su aprobación y sus aplausos.

En el teatro *Principal* se ha puesto en escena por la compañía que actuaba en el *Gran Teatro* con la Sra. Civili, las comedias *Los dulces de la boda* y *Prueba práctica*, que lograron entretener al público.

Tenemos la satisfacción de participar á nuestros lectores que desde hoy colaborará en el CÁDIZ el distinguido escritor D. Ventura Ruiz Aguilera, que honra este número con una preciosa poesía.

A los señores que nos preguntan si no se publicará otra novela de nuestra Directora, podemos asegurarles que sí, pero que será en el segundo tomo, esto es, desde Abril, para dar salida en este tiempo al mucho original de valía que tenemos detenido por falta de espacio. Con el objeto de complacer á nuestros favorecedores que así lo desean, escribirá una novela de costumbre titulada *Filosofía práctica*.

Ha tenido lugar en nuestro Gran Teatro la prueba del tablado recientemente construido para los bailes de máscaras que han de tener lugar en dicho coliseo, obteniendo la aprobación del Sr. Arquitecto de la ciudad, por las excelentes condiciones de seguridad y solidez que ofrece.

La alfombra que ha de cubrir el pavimento del espacioso salón es elegante y de buen gusto, y tenemos las mejores noticias del resto del decorado.

Todo pues, anuncia que dichos bailes han de ser notables por muchos conceptos y dignos de nuestra culta población. Así lo esperamos augurándoles desde luego un éxito brillante.

Enviamos nuestro muy sentido pésame á nuestro estimado amigo el Sr. D. Enrique Segovia, por el fallecimiento de su señora hermana D.^a Josefa, y pedimos á Dios por el eterno descanso de su alma.

Hemos recibido un interesante folleto debido á la pluma del Sr. D. José Luis Díez, que tan celoso se muestra siempre de los intereses de Cádiz, cuyo objeto es la cuestión de la traída de aguas.

Los conciertos clásicos dados por la Sociedad de cuartetos, han sido verdaderamente notables.

Llamamos la atención de cuantos se interesan por el progreso del arte musical en nuestra ciudad y de cuantos aprecian el notorio mérito de los artistas que hoy nos lo ofrecen en su más bella y elevada expresión, hacia estas sesiones de la Academia de Santa Cecilia, donde se cultiva la música con tanto acierto y se estimula tan eficazmente á su estudio.

Hemos recibido la *Revista Gaditana*, órgano de la Academia de Ciencias y Artes formada por la juventud de Cádiz; lo agradecemos infinito.

El Domingo 17 tuvo lugar la apertura de una casa de socorro que los Caballeros Hospitalarios de San Juan han formado en el centro de la capital (calle de Rosario Cepeda), para facilitar más la acción caritativa de trasladar á ella, para curarlos y atenderlos, á los que tengan la desgracia de ser heridos.

Sin perjuicio de ocuparnos más detenidamente de esta notabilísima institución, diremos que el acto fué digno del objeto por la distinguida concurrencia que llenaba las salas, la imponente sencillez de la ceremonia de bendecir las habitaciones destinadas á recibir á los heridos, el elegante y espléndido lunch que después fué ofrecido á los convidados, y los notables discursos y brindis que se escucharon.

Respecto á los primeros, felicitamos á los Sres. Marqués de Casa Rávaro y D. Adolfo de Castro por los muy notables que pronunciaron, y en cuanto á los segundos, reconociendo la oportunidad y elevación de miras de todos los que se oyeron, enviaremos las gracias á los Sres. Ramos Izquierdo, vice-Almirante de la Armada; Velasco, Comandante General; Flores, Gobernador Civil interino; Sequeira, representante del Ayuntamiento; Marqués de Casa Rávaro, de la Hermandad de Caballeros Hospitalarios; Canales, de la prensa política, y Abarzuza (D. Antonio), por haber aludido en sus brindis tan honrosamente á la Sra. de Biedma, que en su calidad de Directora de esta revista asistió al acto, quedando sumamente agradecida á las atenciones que debió á todos, y orgullosa de haber prestado el pequeño homenaje de su presencia á una obra de caridad tan laudable, y que tan alta idea inspira de los sentimientos de la noble sociedad gaditana.

Solucion al problema de ajedrez núm. 9.

BLANCOS.	NEGROS.
1. D c T D	1. C 3 D (mejor).
2. D c T R	2. T 7 A R (A)
3. T 4 A R jaq.	3. T t T
4. D 8 T D	4. Cualquiera.
5. D 8 T R jaq. mate (A)	
2.	2. D 4 R
3. D t T jaq.	3. P t D
4. D t D	4. C 6 A t T
5. T 5 A R jaq. mate	

CÁDIZ: 1878.

TIP. LA MERCANTIL.
DE D. JOSÉ RODRÍGUEZ Y RODRÍGUEZ, editor,
Sacramento 20 y Dula 8.